



CRECED

en la gracia y el conocimiento de nuestro
Señor y Salvador Jesucristo. 2 Pedro 3:18

www.creced.ch

mayo/junio 2021

Índice n° 3/2021

2	José	<i>J. Muller</i>
7	¡Nuestro Redentor vive!	<i>Näher zu Dir</i>
7	La gracia	<i>A. Gibert</i>
14	El amor de Dios y el amor de Cristo	
16	¿Tesoros en la tierra o en el cielo?	<i>W. Kelly</i>

La revista CRECED tiene como meta la edificación y la enseñanza de los que, por gracia, pertenecen a Cristo. Se funda en la soberana autoridad de las Sagradas Escrituras, la Palabra de Dios, la cual “es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra”. 2 Timoteo 3:16–17

Le recomendamos encarecidamente que tenga siempre a mano su Biblia para buscar en ella todas las citas indicadas en esta revista. Haciéndolo así, usted sacará mayor provecho de su lectura y podrá comprobar con la Palabra, única fuente de Verdad, la enseñanza dispensada. Seamos como los creyentes de Berea, los cuales “recibieron la palabra con toda solicitud, escudriñando cada día las Escrituras para ver si estas cosas eran así”. Hechos 17:11

José

La mayor parte del libro de Génesis (cap. 12 al 50) relata la historia de los cuatro patriarcas: Abraham, Isaac, Jacob y José.

Abraham representa la elección de acuerdo a los propósitos de Dios, el llamamiento y el don de promesas divinas e incondicionales, de orden celestial y terrenal.

En **Isaac**, imagen de Cristo resucitado, se cumplen todas esas promesas.

Como figura del pueblo terrenal, **Jacob** es el objeto de la disciplina de un Dios fiel, una disciplina que produce frutos.

José es una hermosa imagen de Cristo, el heredero en quien todas las cosas estarán reunidas (Efesios 1:10). A través de sus duras pruebas seguidas de su elevación al trono, José hace vivo el testimonio del Espíritu de Cristo en cuanto a “los sufrimientos de Cristo, y las glorias que vendrían tras ellos” (1 Pedro 1:11).

Abraham, Isaac y Jacob, extranjeros en este mundo, tenían una tienda y un altar. José conoció la cisterna y la prisión, después, el trono.

La vida de José está llena de instrucciones morales para nosotros. Y desde un punto de vista

profético, ofrece una imagen completa de los propósitos y caminos de Dios hacia **Cristo**, con **Israel** (su pueblo terrenal) y para **la Iglesia** (su pueblo celestial). José y Benjamín, los hijos de Raquel, son ambos una figura de Cristo. Los otros diez hijos de Jacob representan a Israel, mientras que Asenat (la esposa egipcia de José), es una figura de la Iglesia.

José vivió 110 años (Génesis 50:22). Su vida se divide en cuatro partes:

- en la casa de su padre,
- como hombre puesto aparte en Egipto,
- luego, reconocido por sus hermanos como el salvador de sus vidas,
- finalmente, en Egipto hasta su muerte.

1) José en la casa de su padre

José nació en Harán, cuando su padre todavía estaba exiliado en Mesopotamia. Undécimo hijo de Jacob, él es el mayor de Raquel, la esposa amada (Génesis 30:22-24). Su llegada a la familia del patriarca fue considerada como un regalo de Dios (su nombre significa: El añade). Nacido fuera de la tierra prometida, José es una figura de Cristo que entra al mundo “cuando vino el cumplimiento del tiempo” (Gálatas 4:4), en un tiempo en el cual Israel estaba privado de su herencia. En

contraste con José, Benjamín, el segundo hijo de Raquel y el último hijo de Jacob, nació en la tierra de Canaán, en Belén. Como tal, nos habla de Cristo, el cual tiene todos los derechos sobre el reino y los hará valer en juicios futuros.

Citado el primero en “las generaciones de Jacob” (Génesis 37:2, V.M.), José se coloca en la línea de los hombres de fe de Hebreos 11, siguiendo a sus antepasados (v. 17; 20-22). Siendo aún joven (tenía 17 años), José era un pastor que cuidaba los rebaños de su padre, junto con cuatro de sus hermanos, los hijos de las siervas de Jacob (Dan, Neftalí, Gad y Aser). Conocidos por su mala fama y sus palabras agresivas hacia José (37:2, 4), estos ya son la imagen profética del pueblo infiel de Israel.

José era el hijo de la vejez de Jacob (v. 3), a quien su padre amaba más que a todos sus otros hijos. Era “de hermoso semblante y bella presencia” (39:6), como lo serán Moisés y David más tarde. De todas las Escrituras, José es la figura más notable y completa de Cristo, el Amado del Padre, objeto de su amor eterno, que además es “el más hermoso de los hijos de los hombres” (Salmo 45:2; Juan 3:35; 2 Juan 3). La “túnica de diversos colores” (Génesis 37:3) que Jacob hizo para su hijo José prefigura la que el Hijo de Dios usará en los días de su carne (Juan 19:23-24),

antes de vestirse, como Sumo Sacerdote, con sus vestiduras para honra y hermosura (Éxodo 28:2, 5-6). La túnica sin costura de Cristo expresa las perfecciones morales de su persona en la tierra, aquel en quien habita toda la plenitud de la deidad (Colosenses 1:19; 2:9). Varón aprobado por Dios, anduvo haciendo bienes (Hechos 2:22; 10:38).

Las cualidades de José despiertan contra él el odio de sus hermanos (Génesis 37:4). Rechazan su **persona**. Cristo debía decir al final de su vida: “Pero ahora han visto y han aborrecido a mí y a mi Padre” (Juan 15:24). Más tarde, Moisés será rechazado por el pueblo que contradirá su **misión**.

Los dos sueños de José (Génesis 37:7-11), que anuncian su preeminencia sobre el resto de los hermanos, solo aumentan el odio y la envidia contra él. No están listos para admitir que tendrán que inclinarse ante su hermano más tarde. La visión de los manojos prefigura la tierra y la de las estrellas habla del cielo, las dos áreas en las que brillará la gloria y el dominio de Cristo.

A pedido de su padre, José deja el encinar de Mamre que está en Hebrón, el lugar de residencia de los patriarcas (Génesis 13:18; 18:1; 35:27), para ir a buscar a sus hermanos en Siquem, y luego en Dotán (37:12-17). Allí José es

entregado en sus manos, que conspiran contra él para matarlo (v. 18). La parábola del señor de la viña y la de los labradores usa precisamente los mismos términos para predecir la forma en que Cristo, el único “hijo amado” del Padre, será tratado por su pueblo (Mateo 21:38; Marcos 12:6). Benjamín, que tenía solo unos diez años en ese momento, no participó en la conspiración contra su hermano. Escondido temporalmente al lado de su padre en Hebrón, se manifestará a su debido tiempo para llevar, en figura, la culpa de sus hermanos (Génesis 44:16). Estos, los diez, arrojan a José en una cisterna, se sientan a comer pan y luego lo venden por veinte piezas de plata (¡dos piezas por cada uno, qué burla!) a una compañía de ismaelitas, los cuales lo llevan a Egipto y lo venden a su vez a un oficial de Faraón. Los dos nombres de Rubén y Judá aparecen en esta triste escena. Rubén busca libertar a José de las manos de sus hermanos, pero no puede evitar sus designios. Él es la imagen de los pocos hombres rectos entre el pueblo judío que no buscaron la muerte de Jesús, como José de Arimatea que “no había consentido en el acuerdo ni en los hechos de ellos” (Lucas 23:51). En cuanto a Judá, tomó la iniciativa de vender a José a los madianitas. Y en el tiempo de Jesús, es Judá (compuesto por las dos tribus de

Judá y Benjamín), quien asumirá la responsabilidad de la muerte del Mesías en nombre de todo el pueblo de Israel.

Despojado de su túnica, como más tarde pasará con Cristo (Salmo 22:18), José es echado en una cisterna vacía, de la cual será sacado (Génesis 37:23-24, 28). Uno puede imaginar “la angustia de su alma” cuando ruega a sus hermanos que cierran los oídos (42:21). Jeremías experimentará una prueba comparable; echado en una cisterna llena de lodo en el patio de la cárcel en Jerusalén, fue liberado de ello por la misericordia de un extraño, Ebed-melec, el etíope (Jeremías 38:6, 12-13). Pero Jesús experimentó las profundidades insondables del abismo y las cascadas del juicio divino (Salmos 42:7; 69:1-2). No fue liberado de ello, excepto en la resurrección, más allá de la muerte.

La venta de José a los ismaelitas marca el final de esta primera parte de su vida y de las relaciones con su familia, como si realmente hubiera experimentado la muerte. Del mismo modo, la muerte de Cristo rompió todas las relaciones del Mesías con su pueblo terrenal.

Los hermanos de José completan su crimen con un odioso engaño frente a su padre. Conciben una puesta en escena con la intención de hacer creer que José fue despedazado por una mala bestia.

Finalmente, en forma hipócrita, todos se levantan, con sus hermanas, para consolar a Jacob, quien permanecerá sin noticias de su amado hijo durante 22 años. Toda esta maldad y duplicidad tendrán que ser visitadas por el Dios que escudriña los corazones. Al mismo tiempo, el Dios soberano cumplirá sus propósitos para salvar a su pueblo, mediante aquel mismo a quien rechazó; porque, de hecho, fue Dios quien envió a José a Egipto delante de ellos (Génesis 45:5, 7; Salmo 105:17).

2) José apartado en Egipto

En Egipto, Dios está **con** José y le hace prosperar en todo (Génesis 39:2, 21, 23; Hechos 7:9). Del mismo modo, Dios estará con Josué (Josué 6:27), con David (2 Samuel 5:10), y más tarde, con Cristo (Hechos 10:38). Pero solo de Cristo se puede decir que “Dios estaba en Cristo” (2 Corintios 5:19). En Él se cumple la palabra profética: “La voluntad de Jehová será en su mano prosperada” (Isaías 53:10).

La primera prueba que encuentra José son los deseos de la carne (Génesis 39:7-20). Su resistencia victoriosa a la seducción del pecado es aún más notable ya que se encuentra solo en un país extranjero donde nadie conocía su conducta. Ejercitándose para “tener siempre una conciencia sin ofensa ante Dios

y ante los hombres”, como el apóstol Pablo más tarde (Hechos 24:16), José es guardado de un pecado que sería sobre todo contra Dios (Génesis 39:9). Lamentablemente, David solo comprenderá esto después de su caída, diciéndole a Dios: “Contra ti, contra ti solo he pecado” (Salmo 51:4). La calumnia vengativa de la esposa de Potifar le lleva a la cárcel (Génesis 39:20). “Afligieron sus pies con grillos; en cárcel fue puesta su persona” (Salmo 105:18). Así, conoce la violencia del adversario después de haber resistido su seducción.

En la cárcel, José se encuentra con el jefe de los coperos y el jefe de los panaderos de Faraón (Génesis 40). Confiando en Dios para la interpretación de sus respectivos sueños, José anuncia la gracia del rey al primero y la condena al segundo. Después de tres días (un período simbólico), las predicciones de José se cumplen al pie de la letra. Estos dos hombres representan las dos clases en que se divide la humanidad, así como más tarde lo serán los dos malhechores crucificados a cada lado del Señor de la gloria; uno se salva y el otro se pierde para siempre. A pesar de la solicitud de José, el jefe de los coperos olvida su pedido (v. 14, 23). Tampoco el mundo ha recordado al “hombre pobre, sabio, el cual libra a la ciudad con su sabiduría; y nadie se acordaba de aquel hombre

pobre” (Eclesiastés 9:13, 15). Pero Cristo se acordó bien, e incluso infinitamente más allá de la petición del malhechor arrepentido que se volvió hacia él en los últimos momentos de su vida (Lucas 23:42).

Después de dos años completos (Génesis 41:1), Faraón tiene un doble sueño: por una parte, siete vacas hermosas y gordas comidas por siete vacas feas y flacas; por otra parte, siete espigas hermosas y llenas devoradas por siete espigas marchitas, abatidas por el viento. La divina providencia vigilaba, y José fue llamado a la corte del rey para dar la interpretación de sus sueños, lo que nadie había podido hacer (v. 24). El “joven hebreo, siervo” (v. 12), es sacado rápidamente de la cárcel para ser presentado a Faraón (Salmo 105:20). Dios había decidido: siete años de abundancia serían seguidos por siete años de hambre. En cuanto al alcance del sueño, la fe de José es tan completa como la de Daniel más tarde (Daniel 2:27-28). Las respuestas de Faraón a José y de Nabucodonosor a Daniel son similares (Génesis 41:39; Daniel 2:47); toda la gloria le pertenece a Dios. Como resultado, José y Daniel son elevados a una posición de preeminencia y autoridad ante esos reyes de la tierra.

A los 30 años de edad, José, después de trece años de duras pruebas, es puesto sobre toda la

tierra de Egipto y vestido con prendas preciosas; todos se inclinan ante él (Génesis 41:42-43). Es una bella imagen de la posición que Dios (representado aquí por Faraón) destina a su Hijo, Jesús, a quien hizo Señor y Cristo (Hechos 2:36; Filipenses 2:9-11). El nombre de José se convierte en Zafnat-panea: revelador de secretos, salvador del mundo y sustentador de la vida (Génesis 41:45). Entonces Faraón le da a José una esposa, Asenat, la cual se unirá a su esposo en su elevación, así como lo será la Iglesia en el mundo venidero y en la gloria. En contraste, la mujer de Moisés, Séfora, se unirá a él en su rechazo, como la Iglesia en la tierra está unida a Cristo hoy. ¡Que el Señor nos dé a entender este orden moral para el pueblo celestial de Dios! La Iglesia está unida ahora con un Salvador rechazado, antes de estar en el futuro con un Señor glorificado: “Si sufrimos, también reinaremos con él” (2 Timoteo 2:12). Antes de la hambruna, Asenat le dio a José dos hijos: Manasés (el que hace olvidar), que lo hizo olvidar su dolor y la separación de la casa de su padre, y Efraín (fructífero), un testimonio de la bendición divina. Por lo tanto, proféticamente, la Iglesia de Cristo es formada en la tierra antes de que venga la gran tribulación, la cual ella no conocerá (Apocalipsis 3:10).

Cuando los egipcios vienen a él (Génesis 41:55), José actúa sabiamente en la administración del reino. Recoge en nombre de Faraón de manera sucesiva: su dinero (47:14), sus ganados (v. 16), sus tierras (v. 20) y finalmente sus propias personas (v. 23). Sin embargo, los egipcios están agradecidos con él: “La vida nos has dado” (v. 25). Esta escena prefigura la prosperidad de Israel y de las naciones durante el reinado milenario de Cristo.

(Continuará)

¡Nuestro Redentor vive!

“Yo sé que mi Redentor vive”
(Job 19:25).

Dios resucitó a Jesucristo tres días después de su muerte. De esta manera confirmó que su Hijo cumplió en la cruz una obra de redención eternamente válida. Puesto que satisfizo plenamente las justas exigencias de Dios, hallamos la paz con Dios por la fe en la muerte sacrificial del Señor Jesús. Sabemos que todos nuestros pecados han sido expiados y que Dios nos ha aceptado en su Hijo.

Si alguien nos acusa ante Dios, no debemos tener miedo. Dios mismo se encarga de nuestra defensa. Él nos justifica, señalando la redención eterna que Jesucristo consiguió en la cruz. Esto nos permite sacar una conclusión maravillosa: Puesto que la autoridad suprema nos exonera de cualquier culpabilidad, nadie puede ya más condenarnos. ¡Qué seguridad nos da esto!

Con fe nos aferramos a esto: “Con **una sola** ofrenda hizo perfectos para siempre a los santificados” (Hebreos 10:14).

Näher zu Dir

La gracia

“La gracia” vino “por medio de Jesucristo”, con la verdad (Juan 1:17).

No significa que Dios no hubiese actuado en gracia hasta entonces. Si no lo hubiera hecho, el hombre habría sido rechazado para siempre después de la caída. No reveló abiertamente esta gracia antes de la venida de Jesucristo, pero ahora entendemos, a la luz del Nuevo Testamento, que fue el primer motivo divino. Si lo consideramos bien, la ley misma, “dada” por Moisés, no era más que

un instrumento temporal de la gracia. No es necesario ponerlas en oposición, o ver dos campos sin contacto: la esfera de la ley tiene lugar, como un objeto limitado, en el reino infinito de la gracia. Las promesas pueden contrastarse con la ley, pero con la gracia no. Esta es antes de la ley, por encima de la ley, resplandecerá a perpetuidad en sus resultados cuando la ley, cumplida, haya tenido su fin, y además los rayos de la gracia nunca dejaron de brillar a través de la ley (Éxodo 19:3-6; 34:34-35; Salmos 19:8-11; 119).

Pero Aquel en quien habita toda plenitud hizo descender la gracia aquí abajo, en Su persona. La gracia no solo fue “dada”, sino que “vino”. Aquel Verbo fue hecho carne, y “habitó entre nosotros... lleno de gracia y de verdad” (Juan 1:14, 17). Así “la gracia de Dios se ha manifestado” (Tito 2:11). No se trata de un principio abstracto, sino de una Persona viva que descendió hasta nosotros. “El Hijo de Dios ha venido” (1 Juan 5:20). El cristianismo es una cuestión de vida, no de teoría.

La gracia es el amor de Dios ocupándose de seres que no merecen ser amados, o mejor dicho, es Dios, quien es amor, ocupándose de aquellos que eran “aborrecedores de Dios” (Romanos 1:30) a causa de su pecado; así como la verdad es la luz de Dios iluminando a estos mismos seres con el corazón “entenebrecido” (v. 21). La gracia hace

ver el mal, como la verdad hace ver el error, y solo ella proporciona el remedio para el mal. No debe nada a quienes beneficia, interviene donde no hay recursos. Pero no se limita a quedar en paz con el culpable: ella **da**. La misericordia paga nuestras deudas, se ha dicho, pero la gracia nos enriquece.

La gracia y el pecador

La gracia, precisamente porque es gracia, no adula, cultiva o mejora al hombre pecador. Lo deja a un lado como incorregible, a pesar de sus afirmaciones. Lo coloca frente a todos los espejos por los cuales él puede conocerse a sí mismo moralmente, es decir, la creación, la ley, finalmente Cristo, y lo encuentra en todas partes responsable y culpable, teniendo tanta necesidad de gracia que sin ella, es y permanece perdido. Si fuera capaz de hacer buenas obras para Dios, recibiría el salario de ellas; por lo tanto no puede contársele como gracia, sino como una cosa debida (Romanos 4:4). No hace dormir la conciencia, por el contrario, la empuja a hablar en voz alta, y es su primer beneficio para despertarla así. Lejos de aceptar un compromiso entre Dios y el pecado, le da al pecado su rostro verdadero y horrible, utiliza el mandato divino para hacer que el pecado se vuelva “sobremanera pecaminoso”, “porque por medio

de la ley es el conocimiento del pecado” (3:20; 7:13). Por lo tanto, obliga al hombre, a pesar de que da coques contra el aguijón (Hechos 9:5), a reconocer que él es el esclavo desesperado de este pecado, y luego ella interviene, sola, en favor de aquellos que no pueden hacer nada.

Sería tanto malinterpretar el alcance de la gracia y disminuirlo, como ver en ella, —según a veces lo hacemos— una especie de acomodación de Dios a nuestra miseria porque sus planes habrían fallado debido a la caída del hombre. ¡Como si Dios hubiera sido tomado por sorpresa! No, los planes de Dios tienen otra magnitud. Son eternos. “La gracia... nos fue dada en Cristo Jesús antes de los tiempos de los siglos” (2 Timoteo 1:9). Se manifestó “por la aparición de nuestro Salvador Jesucristo, el cual quitó la muerte y sacó a luz la vida y la inmortalidad por el evangelio” (v. 10). Y si ahora está actuando en esta escena terrenal objeto por objeto, en un individuo, en otra escena, de manera fraccional, opera para la gloria eterna donde desplegará todos sus efectos triunfantes, cuando Dios mostrará “en los siglos venideros las abundantes riquezas de su gracia en su bondad para con nosotros en Cristo Jesús” (Efesios 2:7).

Actúa donde termina el hombre. Ella lo encuentra muerto en

sus faltas y pecados, y no cubre ni excusa el pecado, lo quita y trae algo más, que es el conocimiento mismo del Dios verdadero, en Jesucristo, es decir, la vida eterna (Juan 17:3). Se manifiesta “para salvación” (Tito 2:11), no para un perdón basado en la indiferencia al pecado, sino para la paz y el favor de Dios basados en la justificación y seguridad a todos los que creen (Romanos 5:1-3). El pecado fue tratado como debería ser, arrastrado por el juicio ante el rostro de Dios, cuando Cristo murió por los impíos. Si reina ahora, es “por la justicia” (v. 21) y “para vida eterna”. Dios le da su salario al Salvador. Da gracias sin que ninguno de sus caracteres de santidad y justicia se vean comprometidos. Esto requirió la vida y muerte de Cristo. Así, la gracia sobreabundó cuando el pecado abundó, porque ¿dónde abundó más que cuando los hombres fueron llevados ante la presencia de Cristo, en quien “Dios estaba... reconciliando consigo al mundo” (2 Corintios 5:19), y lo crucificaron?

También, “en el día en que Dios juzgará por Jesucristo los secretos de los hombres” conforme al Evangelio que Pablo predicó, “todos los que sin ley han pecado, sin ley también perecerán; y todos los que bajo la ley han pecado, por la ley serán juzgados”, pero todos serán declarados culpables al ha-

ber rehusado, por diversas razones, a escuchar a Dios que les habló en gracia (Romanos 2:4, 12-16). La responsabilidad de quienes han escuchado el Evangelio es la mayor de todas. Dios reconciliando exhorta a los hombres a serlo (2 Corintios 5:20). Él es el justo, y el que justifica al que es de la fe de Jesús. Creamos o no, aceptemos o rechacemos; la gracia permanece soberana al justificar al que cree, justifica al impío, pero al impío que cree. Si no fuera impío, no necesitaría gracia, y sin gracia nunca estaría justificado, pero Jesús “por la gracia de Dios gustó la muerte por todos” (Hebreos 2:9), y somos “justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús” (Romanos 3:24).

No podemos recordar demasiado la doctrina de la salvación por gracia, tan mal entendida incluso en círculos en los cuales uno pensaría que está bien establecida. “Por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios” (Efesios 2:8). Este punto de partida es desconocido en las religiones de los hombres, por lo que las almas no pueden regocijarse en la verdadera gracia de Dios (1 Pedro 5:12). Se enseña que debemos hacer a Dios ceder, ganarlo, para quedar en paz con Él: ofrendas, sacrificios, buenas obras, esfuerzos y actos de devoción, pretenden merecer el favor de

Dios; ahora bien, este favor se le rechaza a cualquiera que no venga simplemente y solo como un objeto de gracia.

La gracia y el redimido

Pero Dios, por gracia, trajo hombres a Él y justificándoles por la fe, se ocupa de ellos en la tierra y los cuida en gracia. Siempre ha sido así. La ley, “ayo, para llevar a Cristo” a los creyentes judíos y los profetas situando la ley ante ellos, todo esto fue dado por gracia, en un propósito de gracia. El gobierno de Dios, “el castigo de Jehová” (Proverbios 3:11-12), siempre se ha ejercido en gracia hacia los suyos. Pero es más que nunca en el tiempo presente, donde los creyentes pueden considerarse hijos de Dios, y donde la gracia de Dios se ha “manifestado” para salvación. Sí, bendito sea Dios, nunca nos cansamos de decirlo de nuevo, ella “vino” con la verdad, por medio de Jesucristo.

El peligro para nosotros es ignorarla prácticamente y usarla tan mal que la distorsionemos.

Las Escrituras nos enseñan que uno puede **caer** de la gracia. Ella vino a nosotros para retirarnos del estado más bajo y “hacernos sentar con príncipes”. Su nivel es el del nuevo hombre en Cristo. Querer caminar por las ordenanzas de la ley es caer de este nivel, ya que

la ley se dio para resaltar la impotencia de la carne. Este fue el error de los gálatas, que prácticamente negaron la gracia. “De Cristo os desligasteis, los que por la ley os justificáis; de la gracia habéis caído” (Gálatas 5:4). La ley es santa, pero no da fuerza para cumplirla y siempre condena a cualquiera que quiera ser declarado justo por ella. No nos justifica más después de nuestra conversión que antes. La ley nunca tuvo el privilegio de justificar a un hombre, fuera del Hombre Perfecto; La gracia nunca le dará un pedazo de esta inefable prerrogativa. Esto no es agradable a la carne, sino que la mantiene en su lugar, en esta muerte a la que la ley nos condena y en la que la gracia venida por Cristo nos encontró. La gracia no es para la carne, no le da nada a ella, sino que le da al pecador lo que pertenece a una nueva condición. Tengamos cuidado de no caer de la gracia al llevar la vida cristiana, tal vez sin sospecharlo, a la cultura del viejo hombre.

Podemos, por otro lado, **dejar de alcanzar** la gracia de Dios (Hebreos 12:15). Él es, por supuesto, un cristiano, pero quien, aunque es el objeto de esta gracia, no vive de ella. Sin embargo, existe una provisión inagotable para todas las necesidades y todas las circunstancias. “El río de Dios” es “lleno de aguas” (Salmo 65:9), pero no la sacamos y

por eso fallamos. Esta carencia se manifiesta tanto en la vida práctica, en la conducta individual, en las relaciones con los demás, como en las relaciones con Dios.

Finalmente podemos convertir en **libertinaje** la gracia de nuestro Dios. Esta es la característica de los falsos cristianos de Judas 4, pero es un peligro real para todos, especialmente para aquellos que, familiarizados desde su juventud con la verdad de la justificación por la fe, no conocían a fondo el horror del pecado. Rápidamente hicimos de la gracia, abiertamente o no, un pretexto para la carne, cuyos deseos seguimos. Si la gracia no da nada a la carne, tampoco permite que el creyente aproveche la salvación para actuar según esta carne que guarda en él. Aquí encontramos de nuevo el gran beneficio de la gracia que es dejar al viejo hombre donde lo encontró, en la muerte. Pero la nueva vida, don de la gracia de Dios, se desarrolla sin tener nada en común con la vieja naturaleza, excepto habitar el mismo cuerpo. Esto es lo que encontramos en la primera epístola de Juan, donde, notamos, la gracia ni siquiera tiene que ser nombrada: la nueva vida está ahí en su ejercicio propio, no tiene que ser liberada de cualquier cosa, y ella recibió todo, teniendo la “simiente de Dios”. Jesús era la gracia, no la necesitaba para sí mismo.

Pero es porque el cristiano lleva las dos naturalezas que la gracia está ahí para **enseñarlo**. Ella lo hace por la Palabra y por disciplina. Su propósito es separarnos de nosotros mismos y, al ocuparnos de Cristo, hacer volver a Dios esos corazones siempre dispuestos a disfrutar fuera de Él.

Enseña al creyente lo que agrada a Dios. “La gracia de Dios se ha manifestado para salvación a todos los hombres, enseñándonos que, renunciando a la impiedad y a los deseos mundanos, vivamos en este siglo sobria, justa y piadosamente...” (Tito 2:11-12). No podemos prescindir de ella y de su instrucción firme y suave. Ya sea que estemos al comienzo de nuestra carrera cristiana o que tengamos la experiencia de un largo pasado, querer dar un paso sin ella es funesto. Esto es lo que enfatiza Hebreos 12. La disciplina paterna de Dios es un efecto de la gracia, no de la ira. Tenemos que seguir la santidad, pero ¿cómo hacerlo sin gracia? por lo tanto, se debe mirar bien, no sea que alguno deje de alcanzarla; —no vinimos al Sinaí, sino a Sion, el santo monte de Dios, ciertamente (Salmos 2:6), al monte de la gracia— “sí que, recibiendo nosotros un reino inconmovible, tengamos gratitud (o gracia; V.M.), y mediante ella sirvamos a Dios agradándole con temor y reverencia” (Hebreos 12:28). Lejos de la gracia que nos

libera del temor de Dios, nos lleva a Él, la única fuente de la verdadera reverencia (Salmo 130:4), y esto porque hasta entonces no hemos conocido realmente a Dios. “Porque nuestro Dios es fuego consumidor”, se agregó. ¡Qué temor inspira! pero cuidemos de encontrarnos con este Dios consumidor precisamente cuando no “tenemos gracia”. Dios siempre es un fuego consumidor, pero no para consumir a sus hijos: consumirá (en ellos) lo que no está de acuerdo con su pensamiento, y esto nos es una gracia infinita, porque ¿cómo podríamos deshacernos de quién es más fuerte que nosotros?

Hay una tendencia constante entre nosotros a invertir los roles e ignorar el valor práctico de la gracia. “Buena cosa es afirmar el corazón con la gracia” (Hebreos 13:9), mientras que no faltan temas de turbación y desánimo. Fallamos tan pronto como cuando nos miramos a nosotros mismos. Sin embargo, esto es lo que estamos haciendo constantemente. Mientras decimos que no tenemos nada bueno en nosotros, tomamos los mandamientos, los de la ley y las exhortaciones del Nuevo Testamento, y nos aplicamos a obedecerlos con un pensamiento más o menos consciente de que hasta que no los hayamos cumplido, Dios no nos mirará con favor. Aplicamos el mismo espíritu legalista en la manera de apreciar

a nuestros hermanos. Pero eso es olvidar la gracia que se ha manifestado en Cristo, y que nos enseña. Utiliza varios medios, pero se ha dado a conocer a sí misma, actúa por sí misma. Ella nos llama a servir a Dios con temor y reverencia, no para que esperemos apaciguar su ira, lo que significaría pensar que podemos calmarla con una actitud aterrorizada, sino porque ahora la conocemos. Sabemos cuánto debería ser temido, por el mero hecho de que solo la gracia podría acercarnos a Él, y que ella encontró el medio. Es porque hemos sido perdonados y estamos en el favor de Dios que, al ver mejor cuán serio es el pecado ya que condujo a la muerte de Cristo, tememos a Aquel en quien hay perdón para que Él sea reverenciado. Invocamos por Padre a Aquel que, sin acepción de personas, juzga según la obra de cada uno, a fin de conducirnos en temor todo el tiempo de nuestra peregrinación. El corazón afirmado en la gracia es estimulado por este santo temor. Nos hace dar cuenta que tal conducta solo es posible apegándonos a Cristo: mientras nosotros somos inestables y decepcionantes, Él “es el mismo ayer, y hoy, y por los siglos” (Hebreos 13:8). La verdadera humildad, que da la gracia, no se ocupa de sí misma; pero apoyándose en Cristo, está acompañada de una verdadera audacia, mientras que la ocupación en uno

mismo conduce a la temeridad insensata de la carne o al descontento de uno mismo y hacia los demás, esto de nada sirve, y puede provocar mucho daño.

Dios quiere ser conocido como “el Dios de toda gracia” (1 Pedro 5:10). Que este pensamiento sea precioso para nosotros para que podamos permanecer en “la verdadera gracia de Dios” (v. 12). Tenemos una gran necesidad de llevar estas cosas a la realidad de la vida cotidiana. A menudo estamos preocupados e impotentes porque mezclamos la pura gracia de Dios con nuestros sentimientos humanos. Tendemos a prepararnos para poder acercarnos a la luz de Dios, y nunca tenemos éxito, puesto que nuestro recurso efectivo es venir a Él como somos: entonces juzgaremos, en esta luz, lo que obstaculiza la comunión, y nos daremos cuenta que ese obstáculo es aún más odioso e insoportable. La verdadera gracia de Dios se reconoce precisamente porque no cederá de ninguna manera con el mal. Mientras le demos algo de crédito a la carne, ésta trata de hacer todo lo posible, con el pensamiento de que Dios se contentará con ella y hará el resto. No, la gracia de Dios, sabiendo que somos incapaces de todo bien, actúa de acuerdo con lo que somos y pone en nuestro crédito solo lo que proviene de ella. No excusa el pecado, no lo pasa por alto, por

el contrario, lo muestra en su luz más terrible, ya que solo el sacrificio de Cristo pudo expiarlo. Ella nos lo muestra a la luz inexorable de Dios. No nos proporciona argumentos para mitigar nuestra responsabilidad, hace confesar nuestra culpa, pero es para llevarnos a la profunda paz y alegría de su propio triunfo. Nos lleva ante Dios a confesar lo que se debe, para que tengamos comunión con el Padre y con su Hijo Jesucristo.

Por lo tanto, nos es necesario a todos, para combatir tanto el legalismo como la liviandad, comprender lo que es la ley, junto con este otro lado de la misma verdad, y entender mejor qué es la gracia. No se merece, se la acepta, en el sentimiento de que no tenemos nada... Lo sé, parece decirnos, pero con solo reconocerlo me ocuparé de todo. “Paz sea contigo; tu necesidad toda quede solamente a mi cargo” (Jueces 19:20). Es soberana, se impone, y nuestro único lugar es desaparecer ante ella. “Ten misericordia de mí”, dice el alma abatida porque la conciencia está cargada. Pero ella lo dice por el solo hecho de que la gracia actúa. El primer efecto de esta gracia es empujarnos a la luz plena, y allí nos hace encontrar a Dios que nos cuida en su amor, para que estemos ocupados con Él y ya no con los objetos miserables que somos. La gracia excluye al «yo», fuente de

toda ruina tanto en la vida individual como en las relaciones entre hermanos, obstáculo para toda paz y alegría, para todo progreso y servicio, como para toda “consolación en Cristo” y cualquier “comunión del Espíritu”. Porque es en la medida en que hemos conocido la gracia de Dios para nosotros mismos que seremos “a los otros” como “buenos administradores” (1 Pedro 4:10). ¡Cuánto necesitamos meditar en la parábola del siervo de Mateo 18:21-35!

“Creced en la gracia y el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo” (2 Pedro 3:18): los dos son inseparables porque “la gracia y la verdad vinieron por medio de Jesucristo”.

A. Gibert

El amor de Dios y el amor de Cristo

“El Padre ama al Hijo” (Juan 3:35; 5:20).

“Dios es amor” (1 Juan 4:8, 16).

El amor de Dios

“De tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo

unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna” (Juan 3:16).

“En esto se mostró el amor de Dios para con nosotros, en que Dios envió a su Hijo unigénito al mundo, para que vivamos por él. En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros, y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados” (1 Juan 4:9-10).

“Dios, que es rico en misericordia, por su gran amor con que nos amó, aun estando nosotros muertos en pecados, nos dio vida juntamente con Cristo (por gracia sois salvos)” (Efesios 2:4-5).

“Cristo, cuando aún éramos débiles, a su tiempo murió por los impíos. Ciertamente, apenas morirá alguno por un justo; con todo, pudiera ser que alguno osara morir por el bueno. Mas Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros” (Romanos 5:6-8).

“En el mundo (Jesucristo) estaba, y el mundo por él fue hecho; pero el mundo no le conoció. A lo suyo vino, y los suyos no le recibieron. Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos

de Dios; los cuales no son engendrados de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios” (Juan 1:10-13).

“Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios... Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es (Cristo)” (1 Juan 3:1-2).

“Como el Padre me ha amado, así también yo os he amado; permaneced en mi amor. Este es mi mandamiento: Que os améis unos a otros, como yo os he amado” (Juan 15:9, 12).

El amor de Cristo

“Fui recibido a misericordia... Pero la gracia de nuestro Señor fue más abundante con la fe y el amor que es en Cristo Jesús” (1 Timoteo 1:13-14).

“El Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí” (Gálatas 2:20).

“Cristo nos amó, y se entregó a sí mismo por nosotros, ofrenda y sacrificio a Dios en olor fragante” (Efesios 5:2).

“Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla, habiéndola purificado en el lavamiento del agua por la palabra, a fin de presentársela a sí mismo, una iglesia gloriosa, que no tuviese mancha ni arruga ni cosa semejante, sino que fuese santa y sin mancha” (Efesios 5:25-27).

“Un mandamiento nuevo os doy: Que os améis unos a otros; como yo os he amado, que también os améis unos a otros. En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis amor los unos con los otros” (Juan 13:34-35).

“En esto hemos conocido el amor, en que él (Jesús) puso su vida por nosotros; también nosotros debemos poner nuestras vidas por los hermanos. Pero el que tiene bienes de este mundo y ve a su hermano tener necesidad, y cierra contra él su corazón, ¿cómo mora el amor de Dios en él? Hijitos míos, no amemos de palabra ni de lengua, sino de hecho y en verdad” (1 Juan 3:16-18).

“Conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento” (Efesios 3:19).

“El amor de Cristo nos constriñe, pensando esto: que si uno murió por todos, luego todos murieron; y por todos murió, para que los que

viven, ya no vivan para sí, sino para aquel que murió y resucitó por ellos” (2 Corintios 5:14-15).

¿Tesoros en la tierra o en el cielo?

Mateo 6:19-21

Cristo, como ninguno, conocía perfectamente a todos los hombres, y no tenía necesidad de que nadie le diese testimonio del hombre (Juan 2:24-25). El hombre busca tesoros en la tierra. No necesariamente esos tesoros que lo atraen son oro o bienes materiales. Pueden ser placeres, poder o posición social. Algunos ponen su corazón en obtener fama en las letras o en erudición, en ciencias o en arte. Algunos se enamoran de la poesía, de la oratoria o de la Filosofía. El tribunal de justicia, el ejército o la armada, el gobierno civil o la política, la filantropía o incluso el púlpito, ordinariamente hablando, alimentan la ambición de otros. Estos objetos, y todo otro similar, que atraen el corazón del hombre, **son tesoros en la tierra** y están por debajo de la fe a la cual es llamado el cristiano: la fe en el Dios invisible y eterno. “No améis al mundo, ni las cosas que

están en el mundo. Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él. Porque todo lo que hay en el mundo, los deseos de la carne, los deseos de los ojos, y la vanagloria de la vida, no proviene del Padre, sino del mundo. Y el mundo pasa, y sus deseos; pero el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre” (1 Juan 2:15-17).

Oigamos las palabras del Salvador acerca de la trampa más común para el hombre: “No os hagáis tesoros en la tierra, donde la polilla y el orín corrompen, y donde ladrones minan y hurtan; sino haceos tesoros en el cielo, donde ni la polilla ni el orín corrompen, y donde ladrones no minan ni hurtan. Porque donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón” (Mateo 6:19-21).

Los tesoros en el cielo son las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios (Colosenses 3:1). En estas cosas hemos de poner nuestra mente, no en las cosas que están en la tierra (v. 2). Porque hemos muerto con Cristo de las mejores cosas de la tierra, de los rudimentos del mundo que Israel tenía como su religión; y nuestra vida está escondida con Cristo en Dios (v. 3). La cruz de Cristo puso fin a todas aquellas sombras y ordenanzas; y, en consecuencia, el mundo le es crucificado al cristiano, y él al mundo (Gálatas 6:14). Si él verdaderamente es de Cristo, es

de carácter celestial al estar unido a Cristo, aunque esté todavía sobre la tierra, y lleve la imagen de Adán, terrenal, hasta que Él venga (1 Corintios 15:47-49).

No nos dejemos persuadir por los incrédulos gestos de desprecio y burlas de aquellos que tratan de rebajar al nivel de los demás objetos mundanos nuestros verdaderos objetos. Estos últimos están muy por encima del mundo, o de la tierra habitada en el porvenir, bendita como lo será cuando Cristo y sus santos reinen sobre ella. Nuestra propia porción está en el cielo, y con Cristo allí. Que ningún engaño nos prive de lo que nos revela el Espíritu Santo enviado del cielo, sobre lo cual las epístolas hablan de una manera mucho más amplia a comparación de lo que los discípulos eran capaces de sobrellevar cuando su Señor estaba aún aquí abajo, como él nos lo dice (Juan 16:12).

El más sabio de la humanidad no tiene la capacidad de juzgar lo que Dios quiere para sus hijos ahora. El Nuevo Testamento es más claro que el agua en cuanto a que Él quiere tener a los suyos como no pertenecientes al mundo; efectivamente, el Señor declara de forma explícita que ellos no son del mundo de la misma manera que Él no es del mundo (Juan 17:14). “Como está escrito: Cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido

en corazón de hombre, son las que Dios ha preparado para los que le aman. Pero Dios nos las reveló a nosotros por el Espíritu; porque el Espíritu todo lo escudriña, aun lo profundo de Dios” (1 Corintios 2:9-10). Éstos son tesoros que el Señor nos llama a guardar en el cielo.

Y nada puede dañarlos, como si sucede con los tesoros de la tierra por acción de la corrupción o de la violencia.

No digamos que semejante meta está fuera del alcance del creyente. Lo estaría, por cierto, si no contáramos con la gracia de Dios que nos da el poder para realizarlo. Pero tenemos a Cristo como Cabeza en lo alto, “de quien todo el cuerpo, nutriéndose y uniéndose por las coyunturas y ligamentos, crece con el crecimiento que da Dios” (Colosenses 2:19). Su gracia basta para uno que atraviesa las circunstancias más quebrantadoras. Y si tenemos tal Abogado en lo alto, tenemos a uno no menos divino para obrar en nosotros aquí abajo a fin de que seamos fortalecidos en el hombre interior (Efesios 3:16). Fue así como otrora uno fue capaz de gloriarse en la debilidad «nunca de pecados» para que el poder de Cristo haga su morada en él (2 Corintios 12:9).

Unas últimas palabras para los que no conocen al Salvador todavía. Si aduce que tiene dudas

acerca de la salvación de su alma, ¿cómo podría dejar pasar este día sin resolver este punto delante de Dios? Él envió a su Hijo para usted, para que pueda vivir por Él, y para que él, el Señor Jesús, muera por usted, sí, por sus pecados. Mire a Dios en el nombre del Salvador crucificado para sus necesidades, para sus culpas y para su ruina espiritual. Jesús nunca dijo «no» a todo aquel que, consciente de sus pecados, recurriese a Él. El Padre quiere que honre así al Hijo, quien declara solemnemente: “De cierto, de cierto os digo: El que oye mi palabra, y cree al que me envió, tiene vida eterna; y no vendrá a condenación, mas ha pasado de muerte a vida. De cierto, de cierto os digo: Viene la hora, y ahora es, cuando los muertos oirán la voz del Hijo de Dios; y los que la oyeren vivirán” (Juan 5:24-25). No sea, pues, incrédulo, sino creyente; confíe en la gracia de Dios y todo lo que le falta le será dado en el mismo amor. Es Su gozo bendecir al creyente.

W. Kelly

De cierto, de cierto os digo: El que oye mi palabra, y cree al que me envió, tiene vida eterna; y no vendrá a condenación, mas ha pasado de muerte a vida.

Juan 5:24

El apóstol Pablo dijo: Procuro tener siempre una conciencia sin ofensa ante Dios y ante los hombres.

Hechos 24:16

Buena cosa es afirmar el corazón con la gracia.

Hebreos 13:9

No os hagáis tesoros en la tierra, donde la polilla y el orín corrompen, y donde ladrones minan y hurtan... Porque donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón.

Mateo 6:19, 21

Novedad

Desde 2021 también es posible recibir la revista Creced por **correo electrónico**.

Favor de registrarse en nuestro sitio internet www.creced.ch (bajo “Contáctese”) o escribiéndonos a revista@creced.ch.

Publicación de edificación cristiana Creced

Se suele utilizar en las citas bíblicas la versión Valera 1960 o la versión Moderna (V.M.). Estas citas se encuentran entre “ ”.

Suscripción: La revista se envía a todo aquel que la solicite. Se sostiene con las oraciones, suscripciones y ofrendas de creyentes.

En caso de **cambio de dirección**, le rogamos que nos avise lo más pronto posible, comunicándonos tanto la nueva como la antigua en caracteres claros y legibles.

Contacto: Para cualquier información referente a Creced, o para solicitar la suscripción, debe dirigirse a la dirección siguiente: Creced, 46, route de Suisse, 1290 Versoix-Genève (Suiza), por medio del sitio www.creced.ch, o a través de la dirección de correo electrónico: revista@creced.ch.

Están a la venta los dieciocho **volúmenes** encuadernados de la revista Creced, correspondientes a los años 1984-85, 1986-87, 1988-89, 1990-91, 1992-93, 1994-95, 1996-97, 1998-99, 2000-01, 2002-03, 2004-05, 2006-07, 2008-09, 2010-11, 2012-13, 2014-15, 2016-17 y 2018-19. Cada uno consta de 336 páginas. Indique claramente los años que desea recibir.

Precio (1 volumen): 9 \$ EE. UU. 8 EUR 9 CHF

Se aplicará un descuento de 15 % a quienes soliciten 5 volúmenes, de 20 % a partir de 10 volúmenes y de 25 % por la serie completa. Las librerías ya establecidas gozan de un mayor descuento.

Ofrecemos gratis el índice de los 20 primeros años de la revista Creced (1984-2003) a quienes compren los libros encuadernados o posean los fascículos de esos años.

Medios de pago: América latina: se ruega incluir el pago junto a su pedido, y que este sea solo por medio de billetes en \$ de EE.UU. Europa: podrán abonar mediante giro postal internacional, con billetes en su moneda nacional.

– PayPal: Tendrá que introducir la dirección de e-mail: revista@creced.ch.

– Western Unión: a nombre de Jacques Perron, 46 route de Suisse, 1290 Versoix (Suiza).

En cualquiera de estos casos, es **importante** que nos avise lo antes posible a: revista@creced.ch, indicándonos sus nombres y apellidos, la suma que manda, la fecha del pago y el número del giro de Western Unión.

Comité de redacción: J. Perron (responsable), J.-P. Cuendet, J.-C. Moinat, O. Perron

Sitio web: <http://www.creced.ch>

E-mail: revista@creced.ch
